Solemnidad. La Ascensión del Señor, Ciclo B.

Segunda Lectura: Ef 1,17-23

"Lo sentó a su derecha en el cielo"

Hoy celebramos la Ascensión de Jesús al cielo, que tuvo lugar cuarenta días después de la Pascua. La Ascensión de Cristo no es un viaje en el espacio hacia los astros más remotos, sino que la Ascensión de Cristo significa que él ya no pertenece al mundo de la corrupción y de la muerte. Significa que él pertenece completamente a Dios.

Partiendo de la segunda lectura del san Pablo a los Efesios, hoy nos fijamos en esta verdad: "Lo sentó a su derecha en el cielo". El Padre entroniza al resucitado en la gloria, haciéndolo sentar a su derecha, un signo de grandísimo honor y de absoluto privilegio. Hoy pensemos en dos términos, "lo sentó a su derecha", y "en el cielo".

Cristo está sentado a la derecha del Padre. "Por derecha del Padre entendemos la gloria y el honor de la divinidad, donde el que existía como Hijo de Dios antes de todos los siglos como Dios y consubstancial al Padre, está sentado corporalmente después de que se encarnó y de que su carne fue glorificada" (San Juan Damasceno, Expositio fidei, 75 [De fide orthodoxa, 4, 2]: PG 94, 1104)" (CEC663).

Sentarse a la derecha del Padre significa la inauguración del reino del Mesías, cumpliéndose la visión del profeta Daniel respecto del Hijo del hombre: "A él se le dio imperio, honor y reino, y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron. Su imperio es un imperio eterno, que nunca pasará, y su reino no será destruido jamás" (Dn 7, 14). A partir de este momento, los Apóstoles se convirtieron en los testigos del "Reino que no tendrá fin" (Símbolo de Niceno-Constantinopolitano: DS 150) (CEC 664).

Cristo está a la derecha "en el cielo"? La palabra cielo no indica un lugar sobre las estrellas, sino algo mucho más osado y sublime: indica a Cristo mismo, la Persona divina que acoge plenamente y para siempre a la humanidad, Aquel en quien Dios y el hombre están inseparablemente unidos para siempre. El estar el hombre en Dios es el cielo. Y nosotros nos acercamos al cielo, más aún, entramos en el cielo en la medida en que nos acercamos a Jesús y entramos en comunión con él. Por tanto, la solemnidad de la Ascensión nos invita a una comunión profunda con Jesús muerto y resucitado, invisiblemente presente en la vida de cada uno de nosotros.

Después de la Ascensión, Los apóstoles se marcharon del Monte de los Olivos "con gran gozo". Al igual que ellos, también nosotros, aceptando la invitación de los "dos hombres vestidos de blanco", no debemos quedarnos mirando al cielo, sino que, bajo la guía del Espíritu Santo, debemos ir por doquier y proclamar el anuncio salvífico de la muerte y resurrección de Cristo. Nos acompañan y consuelan

esta promesa de Jesús: "…yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin del mundo" (Mt 28, 20).

Así, desde el día de la Ascensión, toda comunidad cristiana avanza en su camino terreno hacia el cumplimiento de las promesas mesiánicas, alimentándose con la Palabra de Dios y con el Cuerpo y la Sangre de su Señor. Esta es la condición de la Iglesia -nos lo recuerda el concilio Vaticano II-, mientras "prosigue su peregrinación en medio de las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios, anunciando la cruz y la muerte del Señor hasta que vuelva" (LG 8).

"Lo sentó a su derecha en el cielo". Jesús resucitado vuelve al Padre, así nos abre el camino a la vida eterna y hace posible el don del Espíritu Santo. Como entonces los Apóstoles, también nosotros, después de la Ascensión, nos recogemos en oración para invocar la efusión del Espíritu, en unión espiritual con la Virgen María (cf. Hch 1, 12-14). Que su intercesión obtenga para nuestra familia, para toda nuestra parroquia un renovado Pentecostés.

Padre Félix Castro Morales

Fuente: http://parroquiadelasoledad.org/ (Con permiso a homiletica.org)